Don Bosco y el género biográfico

El librito sobre Comollo constituye la primera obra publicada por don Bosco. Pertenece al género biográfico, género en que el santo explaya mejor su personalidad de escritor: en cada biografiado nos da su propia visión de la vida cristiana desde una nueva perspectiva.

Es interesante el conjunto de biografías, breves y sencillas, pero profundas, que compuso el santo. Son las siguientes:

Sobre un compañero ejemplar: Luis Comollo (1844).

Sobre su santo maestro y confesor, San José Cafasso, al recoger en unas *Lecturas Católicas,* de noviembre de 1860, dos elogios fúnebres tenidos por el mismo don Bosco, uno en el Oratorio, otro en el Colegio Eclesiástico.

Sobre varios alumnos, especialmente (1859) sobre Santo Domingo Savio.

Finalmente, en cierto modo, su propia autobiografía, hasta 1855: las *Memorias del Oratorio,* redactadas entre 1873 y 1878.

Los límites de este volumen no nos han permitido incluir ninguno de los dos largos elogios fúnebres sobre su santo confesor, de gran interés para conocer a este santo varón y hacerse cargo de cómo don Bosco lo «canonizó» ya entonces, en cuanto pudo. Pero el librito que los contiene no trata, como ocurre en las biografías de los tres jóvenes, de la acción personal del mismo don Bosco.

Hacia el fin de su vida (1882), preparó la biografía de Luis Antonio Fleury Colle, hijo de un gran bienhechor francés de Tolón. A este muchacho de dieciséis años y medio lo trató sólo un día en vísperas de su prematura muerte. El libro, cuya primera edición se hizo en francés, fue redactado por don De Barruel. El tono y estilo no es de don Bosco, aunque en algún momento nos dé la impresión de escuchar sus advertencias.

Un buen contraste con las biografías que acabamos de enumerar lo forman dos novelas biográficas con algún elemento real, que llevan por título *Pedro* (1855) y *Valentín* (1866). La personalidad de estos dos protagonistas apenas se dibuja, ante el relieve de las tesis expresadas por el subtítulo de cada obra: *La fuerza de la buena educación* y los desastres de *la vocación contrariada,* respectivamente. Un drama y una tragedia que lle-

van la intención de dos sermones directos, servidos en forma de novela, y en donde el género narrativo es lo de menos, tanto en el aspecto literario como en el psicológico.

Pero volvamos a la biografía objeto de esta introducción.

Luis Comollo (1817-1839)

Era dos años más joven que don Bosco. Fueron compañeros en Chieri desde noviembre de 1833 hasta la muerte de Comollo, ocurrida en abril de 1839. Estudiaron, con un curso de diferencia, primero en la escuela pública y, desde noviembre de 1836, en el seminario, donde Bosco llevaba ya un año.

El libro sobre Comollo salió anónimo en 1844, a los cinco años de la muerte del ejemplar seminarista y a los tres años de la ordenación sacerdotal de Juan Bosco, el cual estaba a punto de concluir su estancia en el Colegio Eclesiástico de Turín, a sus veintinueve años.

La obra tiene, por lo tanto, cierto sabor autobiográfico de juventud. Podemos decir que es inmediata a la muerte del amigo íntimo. Al describir las diversas etapas de la vida del santo joven, el novel autor nos va comunicando sus esquemas mentales, su ideología, sus valores, sus devociones y sus opciones pastorales, precisamente cuando está dando cima a su formación apostólica.

Esta obra tiene cierta afinidad con el informe que el mismo don Bosco hizo sobre otro compañero ejemplar, del mismo seminario, también fallecido, de nombre José Burzio, informe fechado el 16 de abril de 1843, que puede verse en el *Epistolario* (I 5-10).

Elaboración del libro

En el Archivo Salesiano se encuentran los apuntes que el seminarista Bosco tomó el mismo año de la muerte del compañero Comollo y un borrador de su biografía, que sufriría cambios antes de pasar a la prensa. Bosco deseaba que la escribiera alguien con más autoridad y preparación literaria que él. Pero sus compañeros acabaron por vencer su indecisión, y en el prólogo no deja de expresar y lucir sus preocupaciones literarias. Quiso, al menos, que los superiores del seminario revisaran y limaran la obra, como en efecto lo hicieron respecto a nombres concretos de personas que Comollo había declarado en peligro de condenación (MB 2,194-198).

Don Bosco quiere hacer historia y sacar de ella lección. Recoge testimonios y los ordena, haciendo que aparezcan con la máxima claridad los ejemplos que se deducen de los hechos. Prescinde casi por completo de toda preocupación literaria y descriptiva, absorbido como está por el deseo de mostrar las virtudes de su ejemplar amigo.

En la forma de presentar el cuadro de las virtudes de Comollo, en las insistencias y comentarios, y, en fin, en todo el ritmo que da a la obra, se descubre este mensaje del autor: presentar un modelo de ascética realista y recia, de una piedad intensamente sacramental y mariana, en el que el pensamiento del juicio de Dios y la alegría no han encontrado todavía el maravilloso equilibrio que aparecerá, después, en las vidas de Savio, Magone y Besucco.

Santa amistad

En la narración de los años de Chieri, la conducta de Comollo es una constante invitación a la mansedumbre y a la oración intensa, especialmente para el innominado *amigo,* que es el autor, fuerte y extravertido por temperamento. El aprecio de muchos rasgos de Comollo no le quita a Bosco su distinto modo de ver ciertas efusiones de fervor del biografiado o los excesivos temores del mismo a los juicios de Dios.

Transcribimos la valoración de Stella *(Don Bosco* I 82): «Las virtudes 'no realmente extraordinarias, pero sí cumplidamente maduras' (c.3), que don Bosco admiró en el amigo, contienen ya en germen la afirmación de que precisamente en ellas consiste la santidad de los jóvenes. Luis Comollo fue uno de los ejemplares que don Bosco se complacía en presentar, y su biografía fue uno de los textos de lectura espiritual del Oratorio *(Savio* c.17). Pero quizás también deba don Bosco al influjo de Comollo su afán algo excesivo hacia el ascetismo en el seminario y la tendencia a ciertas rigideces ascéticas y a ciertas desconfianzas que sugerían los libros de entonces, y que él veía practicadas por quien, para él, era un Luis Gonzaga redivivo, admirado e imitado con verdadera emulación».

Nuestra edición

En vida del santo, este libro tuvo cuatro ediciones, en los años 1844, 1854, 1867 y 1884. Esta última se amplió nota-

blemente, dobló el número de capítulos y cambió sensiblemente el estilo por haber intervenido otra mano. Además, esta última edición presenta una singular novedad: trae, minuciosamente, el relato de la temerosa aparición del difunto Comollo a los seminaristas de Chieri, que sólo había mencionado en las anteriores. Don Bosco la había redactado ya algunos años antes al escribir las *Memorias del Oratorio*.

La otra aparición aludida en el capítulo 7 (conocimiento inmediato de su muerte en el mismo momento de producirse) puede leerse en las *Memorias Biográficas* (I 469).

Tratándose del primer libro de don Bosco, hemos preferido limitarnos a traducir la primera edición. No nos consta que exista otra traducción en castellano. Hemos añadido, en nota, tomados de la cuarta, el prólogo y el relato de la famosa aparición.

Bibliografía

CAVIGLIA, A.: *Il primo libro di don Bosco: Opere e scriti editi e inediti di don Bosco V* (Turín 1965).

STELLA, P., *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica* I (Zürich 1968) p.49.78-82.

DESRAMAUT, F., *Les Memorie I di GB. Lemoyne. Étude d'un ouvrage fondamental sur la jeunesse de Saint Jean Bosco* (Lyon 1962) p.100-113.

BOSCO, J., *Biografía del joven Luis Antonio Fleury Colle* (Montevideo [2]1954). Trad. de J. Chiacchio Bruno.

BOSCO, J., *Pedro, o la fuerza de la buena educación:* Biblioteca Horas Serenas 16 (Barcelona [5]1951).

BOSCO, J., *Valentín, o la vocación contrariada: Tres lirios del Oratorio Salesiano* (Barcelona [3]1912).

RASGOS BIOGRAFICOS DEL CLERIGO LUIS COMOLLO, MUERTO EN EL SEMINARIO DE CHIERI, ADMIRADO POR TODOS A CAUSA DE SUS SINGULARES VIRTUDES, ESCRITOS POR UN COMPAÑERO SUYO (Turín, Tip. Speirani e Ferrero, 1844)

A LOS SEMINARISTAS DE CHIERI *

Puesto que la ejemplaridad que encierran las buenas acciones tiene mucha mayor fuerza que cualquier discurso por elegante que sea, creo hará al caso el bosquejo de la vida de aquel que, habiendo vivido precisamente en el mismo lugar y bajo la misma disciplina que vosotros, os podrá servir de auténtico modelo en el empeño de haceros dignos del fin sublime a que aspiráis y de llegar a ser ejemplares ministros en la viña del Señor.

Confieso que, a la obra que os presento, van a faltarle dos cosas importantes: el estilo depurado y la elegancia del lenguaje; y ésta es precisamente la razón por la que la retrasé hasta este momento, ya que confiaba en que una pluma mejor cortada que la mía se hiciese cargo de la empresa. Pero como

* Edición de 1884: *Al lector.*

Puesto que *la ejemplaridad que encierran las buenas acciones tiene mucha más fuerza que cualquier discurso,* por elegante que sea, creo hará al caso el bosquejo de la vida de un joven que, en breve tiempo, practicó tales virtudes, que puede ser propuesto como modelo a cuantos cristianos se preocupan de su propia salvación. No van a encontrarse aquí cosas extraordinarias; pero todo lo hizo con perfección, de modo que al joven Comollo se le pueden aplicar aquellas palabras del Espíritu Santo: *Quien teme a Dios no descuida ningún medio* de cuantos puedan contribuir a avanzar por el camino de la virtud.

Vanse a exponer en estas páginas muchos hechos y pocas reflexiones, dejando que cada cual extraiga por su cuenta las aplicaciones que crea oportunas para su propio estado.

Casi todo cuanto va a leerse fue puesto por escrito al tiempo de la muerte del biografiado, y ya publicado en el año 1844; y me es muy grato poder asegurar con toda certeza que cuanto he escrito es verdad. Se trata de hechos y dichos vistos u oídos por mí mismo o recogidos de personas de cuya fe no tengo motivo alguno de duda.

Más aún; los superiores que por aquel entonces regían el seminario de Chieri quisieron repasar personalmente el original y corregir cualquier detalle, por pequeño que fuese, que no estuviese de acuerdo con la realidad.

Se advierte que esta edición no es simplemente una reproducción de las precedentes; en efecto, contiene no pocas noticias que entonces no se consideró oportuno publicar, amén de otras más que no conocimos sino después.

Que leas de buena gana estas páginas, cristiano lector; y si encima las meditas un tanto, *encontrarás modo no sólo de entretenerte agradablemente, sino también de ayudarte a forjar un plan de vida verdaderamente ejemplar.*

Y si, al recorrer este escrito, te decides a imitar alguna de las virtudes que se van a considerar, que des gloria a Dios. A El solo, mientras le ruego por ti, ofrendo estas pocas páginas.

mi espera no dio fruto, me determiné yo mismo al fin a realizarla lo mejor posible. Lo hice, de una parte, vencido por los frecuentes ruegos de muchos de mis colegas y, por otra, persuadido de que el cariño que siempre mostrasteis a este excepcional compañero y vuestra común indulgencia os inducirían a perdonar, y hasta a suplir, las mezquindades de mi ingenio.

Mas, si no me es dado deleitaros con filigranas literarias, me consuela, empero, y mucho, estar en condiciones de aseguraros con toda sinceridad que *lo que consigno por escrito son hechos verdaderamente ocurridos;* cosas a cuyo conocimiento llegué a través de personas dignas de todo crédito, o que yo mismo vi u oí, y de las que vosotros personalmente podréis juzgar, ya que en no pocos casos fuisteis testigos oculares.

Y si, al recorrer este escrito, os decidís a imitar algunas de las virtudes que se van a considerar, que deis gloria a Dios. A El solo, mientras ruego por vosotros, ofrendo el esfuerzo que me he tenido que imponer.

CAPITULO I

Niñez de Comollo

Nació Luis Comollo el 7 de abril de 1817, en el término de Cinzano, en la aldehuela llamada Pra, del matrimonio Carlos y Juana; éstos, si bien no son de condición muy distinguida, poseen, en cambio, bienes de mayor aprecio que las riquezas, como son el temor de Dios y el sello de una auténtica religiosidad.

La naturaleza dotó a nuestro Luis de un alma buena, de un corazón sumiso y de una índole dócil y llena de mansedumbre. No había llegado apenas al uso de razón y ya se veían germinar pujantes en él aquellas primeras semillas de piedad y devoción que después tan admirablemente desarrollaría a lo largo de su vida. En cuanto logró aprender los nombres de Jesús y María, los hizo objeto de su ternura y reverencia; en él no asomó aquel disgusto o desgana por la oración tan propio de los chicos, sino que, cuanto más se alargaban los rezos, tanto más contento y feliz se consideraba.

Aprendió con facilidad a leer y escribir, y se sirvió de ello en beneficio espiritual propio y ajeno. En efecto, principalmente en los días festivos, cuando los niños de su edad iban de un lado para otro buscando entretenimientos, él, re-

uniendo a algunos a su alrededor, se entretenía con ellos leyendo o explicándoles lo poco que sabía, o narrándoles algún ejemplo edificante.

Esto le atrajo el aprecio y la veneración de cuantos le conocían, de suerte que, cuando estaba él presente, ninguno osaba prorrumpir en expresiones ligeras o menos honestas, y, si inadvertidamente alguno se descuidaba, en seguida otro le llamaba la atención: *Cuidado, que te puede oír Luis;* y, si él se presentaba de improviso, sin más cesaba cualquier conversación menos decente. Cuando oía palabras que desdecían de la religión o de las buenas costumbres: *No digáis eso*—interrumpía con afabilidad—, *eso no está bien en boca de un joven cristiano.*

Dada su condición familiar, a veces tenía que acompañar animales al pasto; pero siempre los conducía donde no hubiera personas de diverso sexo; tomaba un libro piadoso entre las manos y lo leía a solas o con quien le hiciera compañía.

Con este tenor de vida, a la vez que edificaba a sus compañeros, suscitaba la admiración de las personas mayores, las cuales quedaban *asombradas* de que se viera *tanta virtud en un joven de tan poca edad.*

«Tenía un hijo—confesaba un señor—con el que no sabía qué partido tomar; le había tratado con dulzura y con rigor, y todo en vano. Se me ocurrió mandarle que fuese con Luis, por si él conseguía volverlo algo más dócil; así no me causaría tan amargos disgustos. El muchacho, al principio, se mostraba remiso a frecuentar la compañía de quien sabía no iba a compartir sus puntos de vista; pero pronto, atraído por las cualidades de Comollo, se hizo su amigo e imitador, hasta tal punto que, aun ahora, se le nota la docilidad y buena crianza aprendidas de alma tan selecta».

Mostraba una singular obediencia a sus padres. Atento siempre y pronto a cuanto se le indicase, vivía pendiente de cualquier insinuación suya. Y hasta *se las arreglaba solícitamente para anticiparse a sus mandatos.*

Si sobrevenían sequías, pedriscos o pérdidas de reses, y sus padres se afligían, era él, Luis, quien les hacía aceptar todos estos acontecimientos como un favor del cielo: «Estas cosas también nos son necesarias—solía decir—; cada vez que el Señor nos pone una mano encima, tiene un rasgo de bondad para con nosotros, porque es prueba de que se acuerda de nosotros y de que quiere que nosotros nos acordemos de El».

Jamás se alejaba de sus padres sin su expreso permiso. Hasta tal punto era cumplidor en esto, que una vez que fue a pa-

sar un rato con unos parientes, como se hiciese tarde porque éstos lo entretenían para poder disfrutar de su amabilidad y de su trato agradable, él se retiró a un rincón y se echó a llorar al verse obligado a desobedecer; cuando llegó a su casa, pidió perdón de una desobediencia que había cometido contra su voluntad.

A veces, con todo, se ausentaba de la compañía de los demás; lo hacía para acogerse a un lugar retirado donde rezar y entregarse a la meditación. «Más de una vez lo vi—confesaba una persona que creció junto a él—comer aprisa, despachar con rapidez los deberes que tenía entre manos y, bajo cualquier pretexto, mientras los otros se entregaban a las distracciones, ir él a esconderse en la cabaña de la viña si estaba en el campo, o en el pajar si se encontraba en casa, para allí entregarse a la oración vocal o a la lectura de algún libro de meditación. ¡Tan cierto es que Dios 'conduce a los rústicos por entre los terrones y sube a los indoctos a las sublimidades de la virtud'! »

A estos gérmenes de virtud se unían estrechamente los elementos de la verdadera devoción y una inclinación grande por las cosas santas.

Lo demostró ya en su primera confesión. Hecho el examen con todo esmero, se presentó al confesor; en su presencia, de una parte por la confusión que le producía el acto, unida a la reverencia al sacramento, y de otra por la preocupación que le causaban sus culpas (si es que culpa alguna podía darse allí), se sintió asaltado por tan gran dolor, que se deshizo en un mar de lágrimas y fue menester ayudarle a empezar y a continuar la confesión. Con igual edificación de los presentes recibió la primera comunión. Demostraría en adelante gran inclinación hacia estos dos sacramentos; al recibirlos experimentaba un gran consuelo, y no desaprovechaba ocasión de acercarse a ellos.

Dado que no se contentaba con la sola comunión sacramental, por más que se le permitiera hacerla con frecuencia, encontró en la comunión espiritual un buen modo de remediar esta necesidad. De ella solía afirmar en los tiempos de seminario: «Fue por influjo del libro del insigne San Alfonso María de Ligorio, titulado *Visita al Santísimo Sacramento,* como yo aprendí a hacer *la comunión espiritual;* puedo afirmar que esta práctica *ha sido mi fuerza en los peligros a lo largo de los años en que anduve vestido de seglar*».

Añadía, a la comunión espiritual y sacramental, frecuentes visitas a Jesús Sacramentado; de tal modo se sentía encendido en su amor, que con frecuencia pasaba horas enteras desahogándose con su amado Señor en tiernos y fervorosos afectos.

A menudo había de entrar en la iglesia con el fin de cumplir los encargos que le hacía su tío, el párroco, y en no pocos casos él mismo iba bajo cualquier pretexto; mas nunca se volvía sin entretenerse algún tiempo con su Señor y encomendarse a su amada Madre, la Virgen María.

No había fiesta, lección de catecismo, sermón u otra cualquiera función de iglesia en que no tuviese alguna participación, contento siempre y alegre de prestar los servicios de que se sentía capaz.

El hecho de que Comollo se viese *libre de las niñerías propias de su edad* y se mostrase *sufrido y calmo ante cualquier cosa* que le ocurriese, y se le viese *siempre modesto y afable con los iguales, obediente y respetuoso con todos los superiores, del todo entregado a la piedad* y dispuesto en todo momento a ejercer en la iglesia cualquier misión que se le encomendase, era presagio de que el Señor le encaminaba a un estado de mayor perfección. Sobre este punto ya había consultado más de una vez a su director espiritual; y como al fin se le respondiese que, por lo que se adivinaba, el Señor lo llamaba a pertenecer al estado eclesiástico, él experimentó un gran contento, ya que ésa era precisamente su determinación.

Su tío, el párroco de Cinzano, de quien Luis iba poco a poco copiando virtudes, al ver un retoño tan vigoroso y que tantos frutos prometía, decidió por su parte secundarle en sus decisiones. Le llamó, en consecuencia, un día y le dijo:

—¿Tienes, pues, firme voluntad de hacerte sacerdote?

—¡No aspiro a ninguna otra cosa!

—¿Y qué razón das?

—Que, siendo los sacerdotes los encargados de abrir la puerta del cielo a los demás, guardo la esperanza de abrírmela también a mí mismo.

Con esta finalidad se le envió a Caselle, cerca de Cirié, para que hiciese el curso de gramática; allí perfeccionó las virtudes que hemos apuntado y causó gran admiración a cuantos, de un modo u otro, pudieron conocerlo; se ejercitó de modo particular en el espíritu de mortificación.

De pequeño ya se había acostumbrado a ofrecer a la Virgen florecillas, consistentes en privarse de aquella porción de manjar o fruta que le entregaban para tomar con el pan: «Esto —decía—se lo tengo que regalar a la Virgen»; pero en Caselle fue más allá, pues, aparte de que cada semana hacía ayunos en honor de María, en las comidas mismas y en las cenas se levantaba no pocas veces en el momento mejor de la refección y se alejaba de la mesa bajo cualquier pretexto; y bastaba que sir-

viesen un plato de su particular gusto para que no lo tomase; todo por amor a la Virgen.

CAPITULO II

Va a Chieri a estudiar

Al comienzo del curso 1835-1836 oí decir al dueño de la pensión de Chieri en la que yo residía: «Me han informado que a casa de fulano va a venir *un estudiante santo*». Me sonreí y tomé la cosa a broma. «Sin embargo, es verdad—añadió—; se trata, según parece, del sobrino del párroco de Cinzano, un joven de señalada virtud».

No tomé muy en cuenta estas palabras, pero un episodio significativo me las trajo puntualmente a la memoria.

Hacía días que veía a un estudiante (cuyo nombre no me era conocido) conduciéndose por las calles con tal compostura *y modestia, y tan amable y cortés con los que conversaban con* él, que me producía auténtica admiración. Y aún creció más mi maravilla cuando pude observar lo ejemplarmente que se comportaba *en clase: apenas llegaba a ella, se iba a su puesto, y ya no se movía como no fuese para atender a sus deberes.*

Es costumbre de estudiantes entretenerse hasta la entrada en clase con bromas, juegos y saltos, a veces peligrosos. A Comollo le invitaban a tomar parte; pero él se excusaba confesando que no tenía costumbre, que carecía de destreza. Pero, en una ocasión, un compañero se le acercó y, de palabra y con desconsiderados empujones, pretendió obligarle a tomar parte en unos saltos descomunales: «Mi querido amigo—respondió Luis dulcemente—, no tengo ninguna práctica; me expongo a cometer una torpeza». Despechado el compañero impertinente, y deduciendo que nada iba a obtener, con insolencia intolerable le largó un solemne bofetón. A mí se me pusieron los pelos de punta. Comoquiera que el ofensor era inferior en fuerza y en edad al ofendido, estaba a la espera de que éste le diese su merecido. Pero fue muy otra la reacción de Comollo; vuelto a quien le ofendió, se contentó con decirle: «Si con esto te basta, puedes irte; yo no le doy más importancia».

Este episodio me hizo recordar lo que ya tenía oído: que había un estudiante santo en clase. Al preguntar por su pueblo y su nombre, caí por fin en la cuenta de que, efectivamente, se trataba de aquel joven de quien se hicieran tantos elogios.

En cuanto a su posterior conducta en punto a diligencia en los estudios, no encuentro mejor modo de expresarla que consignando al pie de la letra las palabras que uno de sus profesores tuvo a bien escribirme:

«Desde luego, usted se encontró en mejores condiciones que yo para darse cuenta del carácter e índole del estupendo joven que fue Comollo, pues lo tuvo como condiscípulo y pudo observarlo de cerca. Así y todo, con gusto le remito en esta carta el juicio que me mereció a partir de los dos años (1835-1836) en que fue alumno mío en retórica, cuando estaba estudiando humanidades en el colegio de Chieri.

»*Fue Comollo un joven de ingenio, adornado, además, por la naturaleza de un temperamento amable. Entregóse al estudio con admirable diligencia, lo mismo que a la piedad,* y en todo demostró una gran avidez por adquirir conocimientos; y era tan escrupulosamente cumplidor de sus deberes, que no recuerdo haberle tenido que llamar la tención por nada ni una sola vez. *Se le hubiera podido poner a todos los jóvenes como modelo,* dada su conducta intachable, su obediencia y docilidad; *yo mismo formulé el más halagüeño de los pronósticos cuando* me enteré de que había abrazado la carrera eclesiástica. Nunca vi que riñera con ninguno de sus compañeros; al contrario, pude observar que a las burlas y a las injurias respondía con afabilidad y con paciencia.

»Lo imaginaba yo destinado a aliviar la vejez de su venerable tío, el párroco de Cinzano, quien lo amaba con ternura y le había depositado en el corazón las semillas de tan raras y singulares virtudes. Esto explica que la noticia de su muerte me afectara dolorosamente. Sólo me resigné ante el pensamiento de que, prematuramente y en breve tiempo, había hecho en la virtud un largo camino. Quizás quiso Dios llamarle pronto a sí, porque lo encontraba, a pesar de su corta edad, provisto de grandes méritos. Hemos de acatar su divina voluntad.

»Me pide usted subraye lo que haya podido ver de singular en él. *¿Qué mayor rasgo de singularidad que el de su equilibrio y constancia a una edad en que lo que suele dominar es precisamente la ligereza y la inestabilidad?* Del primero al último día de mis clases, a lo largo de dos cursos, *siempre fue igual a sí mismo, siempre bueno, siempre empeñado en ejercitar su virtud, su piedad y su diligencia*».

Así se expresó su profesor.

No practicaba menos estas virtudes fuera de clase:

«Pude observar en el joven Comollo—dice el dueño de la pensión—un conjunto de virtudes propias, más que de chicos

de su edad, de personas que han tenido que esforzarse mucho tiempo en ellas. *Era de humor siempre igual, alegre, imperturbable ante cualquier suceso;* jamás daba a entender lo que le gustaba más; se contentaba con lo que se le servía y nunca se le oyó decir: 'Esto está soso, aquello está salado; hace demasiado frío, hace demasiado calor'. Jamás dejó caer de sus labios palabra que no fuese honesta y comedida. Hablaba de buena gana de temas religiosos, y si alguno los introducía sin que viniese al caso en conversaciones y relatos, exigía siempre que, de los ministros sagrados, se hablase con la mayor reverencia y respeto.

»Amante del recogimiento, en ningún caso se ausentaba sin permiso y sin antes haber manifestado el tiempo y motivo de su ausencia y el lugar adonde se había dirigido.

»El tiempo que habitó en esta casa resultó de gran estímulo para que todos viviesen virtuosamente; y sintieron de veras que, por tener que tomar la sotana, hubiera de abandonar esta pensión para ingresar en el seminario, ya que, al perderlo, se privaban de un nada común modelo de virtud».

También yo puedo aducir el mismo testimonio, ya que, en las muchas ocasiones que traté con él, no le oí quejarse de las inclemencias del tiempo y de las estaciones, ni del mucho trabajo o del mucho estudio; al contrario, que si tenía un rato libre, acudía en seguida a un compañero para que le resolviese dificultades o tratar con él de cosas de estudio y de piedad.

No era menor su empeño en lo tocante a observancia religiosa y en el cuidado de cuanto se relacionaba con la piedad. Expongo a continuación lo que escribió el director espiritual del colegio, quien, por cierto, pudo conocerlo íntimamente:

«Me pide usted noticias de un hijo del que guardo gratísima memoria. Se las doy con muchísimo gusto.

»No es Comollo persona sobre la que, al tener que aportar mi testimonio laudatorio, haya yo de disimular nada, ni tampoco, por otra parte, exagerar. Sabe usted perfectamente que *perteneció a este grupo de estudiantes que se distinguen de los demás por su entrega al estudio y a la piedad.* Pero aun dentro de este grupo, de entre sus compañeros, *destacó y fue el primero*... Siento que también tengamos que lamentar la muerte de nuestro prefecto de estudios, pues él hubiera dado los mejores informes sobre su aplicación y su conducta dentro y fuera del colegio.

»Por lo que a mí se refiere, le aseguro que no le hube de amonestar ni por la más mínima falta. Y dado que fue siempre puntual en las reuniones que en las congregaciones se tenían,

atento a lo que se predicaba, devoto cuando asistía a la misa y a los oficios divinos, asiduo en la recepción de los sacramentos de la comunión y confesión, y verdaderamente diligente en todos los deberes de piedad y muy ejemplar en cualquier acto de virtud, yo gustosamente lo hubiese *propuesto a todos los estudiantes como espejo y modelo de virtudes.*

»Durante el año de retórica, y en cuanto fue compatible con sus estudios, se le confió un cargo; cosa que sólo con estudiantes muy notables en estudio y piedad suele hacerse.

»Se acariciaba entonces la ilusión, que también se acaricia ahora, de poder tener estudiantes de las características que demostró poseer Comollo. Recordaba a San Luis en su nombre, y no parecía sino que andaba empeñado en llevar a la práctica muchas de las virtudes de aquel santo. De ningún otro estudiante de cuantos se me han pedido informes los he dado con tanto agrado. Podría afirmar de él todo lo bueno que se puede decir de un joven. *Fue arrebatado de este mundo para que la maldad no desviara sus propósitos.* Espero que en el cielo rece por mí». Hasta aquí su director espiritual.

No sabría qué añadir a las declaraciones que preceden, a no ser lo poco que pude observar en su conducta externa.

Los domingos, tan pronto como terminaban los ejercicios de piedad que tenían lugar en la capilla de la congregación, en vez de irse de paseo o entregarse a alguna otra diversión, marchaba en seguida al catecismo de niños que se daba en la iglesia de los jesuitas, y asistía al mismo y a todas las otras funciones.

Aquella misma ilusión por ver y oír, tan propia de quienes del campo pasan a la ciudad y que, por otra parte, era cosa tan natural a su edad, no sé si como resultado de un meritorio esfuerzo o por una índole feliz donada por la naturaleza, el caso es que en él parecía haber quedado extinguida.

En consecuencia, sus idas y venidas al colegio las realizaba con el mayor recogimiento; nunca iba de aquí para allá con su mirada, y menos con su persona, a no ser que se tratase de rendir saludo a los superiores, a los templos o a las estatuas de la Virgen; entonces no se dio nunca que pasara delante sin quitarse respetuosamente el sombrero.

Me aconteció en más de una ocasión ir con él, acompañándole, y ver que se quitaba el sombrero sin saber yo el porqué; mas, si miraba atentamente alrededor, descubría, más o menos cercana, puesta en la pared, la imagen de la Virgen María.

A finales del curso de retórica se me ocurrió hacerle unas preguntas sobre los aspectos más notables y los monumentos de mayor importancia de la ciudad; él respondió que no se ha-

bía informado en absoluto, ni más ni menos que si hubiese estado fuera de ella.

Pero cuanto menos atento andaba a los sucesos y quehaceres temporales, tanto más impuesto e instruido se mostraba en lo concerniente a la iglesia. No había exposición de las Cuarenta Horas o celebración alguna religiosa de la que él no estuviese enterado o a la que, si el tiempo se lo permitía, no asistiese. Tenía hecho un horario para la oración, la lectura espiritual y la visita a Jesús Sacramentado, y lo observaba con toda escrupulosidad.

Por exigencias de mis obligaciones, durante unos cuantos meses hube de acudir a la catedral a una hora determinada; pues aquélla era precisamente la hora que Comollo dedicaba a entretenerse con el Señor. Celebro poder describir su compostura. Estábase en un ángulo lo más cercano posible al altar, arrodillado, con las manos juntas y entrelazadas un poco hacia adelante, con la cabeza un tanto inclinada, con los ojos bajos y absolutamente inmóvil; se había hecho insensible a cualquier voz y a cualquier ruido.

Alguna vez, cumplido mi encargo, decidí invitarle a que me acompañase a la vuelta; para ello le hacía señales con la cabeza, pasaba cerca de él, tosía a ver si reaccionaba, pero nada conseguía hasta que no lo tocaba; y entonces se estremecía como si volviese de un sueño y, aunque a disgusto, accedía a mi invitación.

En los días de clase ayudaba con ilusión a todas las misas que podía; en los de vacaciones era lo más común que ayudase a cuatro o cinco.

Pero, aunque se concentraba tanto en las cosas del espíritu, jamás se le vio con rostro ensombrecido y triste; al contrario, siempre se mostraba sonriente y, como él vivía contento, alegraba a los otros con la dulzura de su conversación. Solía decir que le complacían sobre manera aquellas palabras del profeta David: *Servid al Señor con alegría.* Hablaba a gusto de historia y de poesía, y de las dificultades del italiano y del latín; pero en plan sumiso y jovial, de suerte que, si bien expresaba su propia opinión, daba a entender que la sometía al parecer de los demás.

Se había buscado un compañero de especial confianza para tratar con él de cosas espirituales; conversar y ocuparse de esto constituía para él un gran consuelo. *Se transfiguraba al hablar del inmenso amor de Jesucristo al entregársenos como alimento en la comunión. Cuando su conversación recaía sobre la Virgen María, se le notaba transido de ternura* y, en cuanto acaba-

ba de contar o de oír alguna gracia por ella dispensada en favor del cuerpo humano, se le encendía el rostro y hasta rompía, a veces, en lágrimas exclamando: «Si tanto se preocupa María de este cuerpo miserable, ¿qué no hará en favor de las almas de quienes le invocan?»

Era tanto el aprecio que sentía por las cosas de la religión, que no sólo no sufría que se hablase con desprecio de ellas, pero ni siquiera con indiferencia. Yo mismo empleé en broma unas palabras de la Sagrada Escritura; pues él me reprendió con viveza y me dijo que no había que jugar con las palabras del Señor.

Si alguno se disponía a contar algo sobre curas, en seguida interrumpía y dejaba en claro que, de ellos, o se debe hablar bien o no hablar, por ser ministros de Dios.

De este modo, Luis se iba preparando a la vestición clerical. Cuando se refería a ella, se ponía contento y le acometía una gran alegría. «Pero ¿es posible—solía exclamar—que yo, un pobre guardián de bueyes, pueda convertirme en pastor de almas? Y, sin embargo, hacia ninguna otra cosa siento inclinación, hacia ahí tira mi voluntad, eso es lo que me aconseja el confesor; ¡sólo mis pecados están en contra! Haré los exámenes, y el resultado dirá cuál es la voluntad de Dios sobre mi porvenir». Además se encomendaba frecuentemente a las oraciones de algunos de sus compañeros, para que el Señor le iluminase y le diera a entender si era o no llamado al estado eclesiástico.

De esta suerte, *estimado por sus compañeros, amado de los superiores, honrado y tenido por todos como verdadero modelo de virtud,* acabó el curso de retórica. Era el año 1836.

CAPITULO III

Viste la sotana. Entra en el seminario de Chieri

Aprobó el correspondiente examen y se preparó para la toma de sotana.

No sé de qué palabras echar mano para expresar cabalmente la ternura que hubo de experimentar en aquella ocasión. Rezaba y hacía rezar a otros; ayunaba, prorrumpía en frecuentes lágrimas, se estaba mucho tiempo en la iglesia.

Llegado, al fin, el día de su fiesta—así llamaba él al de su vestición clerical—, no sin haber recibido antes los sacramentos

de la confesión y comunión, más contento que si hubiese sido promovido a la más honrosa de las dignidades, *penetrado todo él del temor de Dios, concentrado únicamente en lo sobrenatural y tan recogido y modesto que parecía un ángel,* fue revestido del tan respetado y deseado hábito eclesiástico.

Siempre recordaría aquel día. Solía decir que fue entonces cuando su carácter sufrió un cambio total, pues, *de pensativo y triste, pasó a ser alegre y jovial;* y cada vez que le venía aquella fecha a la memoria, sentía que el corazón se le inundaba de alegría.

Entre tanto llegó el día en que se abrió el seminario, y, desde que entró en él, *campearon allí aquellas sus virtudes, que, si no eran realmente extraordinarias, sí que eran cumplidamente maduras.*

Tenía leído en la vida de San Alfonso que este santo había hecho voto de no perder nunca el tiempo. Esto había causado en Comollo una profunda admiración, y se esforzaba con todo empeño en imitarlo. De ahí que, nada más penetrar en el seminario, se dio con tanta generosidad a las cosas de estudio y piedad, que no despreciaba medio ni ocasión de alcanzar *el objetivo que se había prefijado: aprovechar meticulosamente el tiempo.*

No había sonado la campana, y ya había dejado lo que tenía entre manos para responder a la voz de Dios—así llamaba él al toque—que le llamaba a cumplir con su deber. Me aseguró muchas veces que, en cuanto oía la campana, le era imposible continuar en lo que estaba haciendo y no acertaba en nada. Tanto había profundizado en la virtud de la obediencia.

Y dejo lo que se refiere a los superiores, a quienes obedecía ciegamente sin averiguar porqués y razones de cuanto se le había ordenado. Hasta con los mismos compañeros suyos que hacían de vigilantes, aunque fueran sus iguales, se mostraba atento y dócil, siguiendo sus indicaciones y consejos exactamente como si fueran sus superiores.

Dada la señal para el estudio, acudía con toda puntualidad. Profundamente concentrado, se entregaba a él de tal manera, que parecía insensible a cualquier ruido, a cualquier broma, a cualquier ligereza de los compañeros, y nada de su persona se movía hasta que la campana volvía a sonar. Un día en que un compañero pasó por detrás y le tiró el abrigo al suelo, él se limitó a decirle con un simple gesto que no lo hiciese más. El compañero, molesto y con el rostro alterado, reaccionó diciéndole palabras ofensivas. Comollo volvió a poner las manos sobre el

pupitre y, absolutamente tranquilo, se puso a estudiar como si nada hubiese ocurrido.

Demostraba verdadero afán por volver sobre puntos de las asignaturas durante los recreos, en los círculos y en el tiempo dedicado al paseo. Aún más, mientras estudiaba él solo, iba tomando nota en su memoria de todos aquellos pasajes que no había entendido bien; lo hacía para poder después preguntarlos a un compañero de confianza y entenderlos lo mejor posible con su explicación.

Si bien gustaba de animar sus conversaciones con ocurrencias aprovechables y algún que otro relato, siempre observó aquella loable norma de urbanidad: «Calla cuando otro habla». Y, consiguientemente, aconteció en más de una ocasión que se interrumpió a media palabra para que los otros pudiesen explicarse libremente.

Detestaba todo espíritu de crítica y murmuración acerca de las conductas ajenas. Hablaba sobre los superiores, pero siempre con reverencia y respeto. Opinaba sobre los compañeros, pero siempre con moderación y caridad. Y hacía también sus comentarios sobre el horario, sobre las constituciones y reglamentos del seminario y sobre los guisos de la cocina, mas con muestras de estar satisfecho y contento. Puedo afirmar, en consecuencia, que a lo largo de los dos años y medio que lo traté en el seminario, jamás le oí una sola palabra que estuviese en contra de aquel principio que él llevaba fijo en su mente: *De los demás, o hablar bien o no hablar.* Si se veía, empero, en la necesidad de emitir un juicio sobre el comportamiento de los otros, se esforzaba en mirarlo desde el mejor punto de vista, pues decía haber aprendido de su tío que, si una acción ofrece cien aspectos, y noventa y nueve de ellos son malos y uno bueno, se le ha de tomar por el lado bueno y ha de ser dada por buena. Por el contrario, al hablar de sí mismo silenciaba cuanto pudiese redundar en su honor, y no aludía, ni poco ni mucho, a cargos, honores o premios que hubiese podido obtener; y si alguno se ponía a alabarlo, él tomaba a broma el elogio, buscando así la humillación cuando le exaltaban los demás.

Aquellas hermosas flores de virtud que vimos tenía cuando andaba entre terrones y ovejas, muy lejos de ajarse con los años, *alcanzaron, al llegar los tiempos de estudiante, toda su belleza y cumplida perfección.*

En cuanto se oía la señal para la oración o para cualquier otra función sagrada, inmediatamente se ponía en camino con la mayor diligencia; y, bien compuesto y en medio de un pro-

fundo y edificante recogimiento de todos sus sentidos, se preparaba para entrar en conversación con Dios. Nunca se vio en él el menor asomo de disgusto por tener que acudir a la iglesia o a cualquier otro lugar para asistir a actos devotos. Al revés, que, cada mañana, al primer toque de campana, inmediatamente abandonaba el lecho; realizado cuanto era del caso, bajaba a la iglesia un cuarto de hora antes de tiempo y preparaba el alma para la oración.

Se solía dispensar a los seminaristas del santo rosario en los días festivos y aun los laborables si asistían a funciones solemnes de iglesia. Comollo no acertó nunca a privarse de tan particular devoción; al contrario, que, tan pronto acababan dichos actos, y mientras el resto de compañeros no pensaban en otra cosa que en darse a los entretenimientos de costumbre, él, con otro compañero suyo, se retiraba a pagar, como él decía, sus deudas a la Virgen María con el rezo del santo rosario.

Siempre fue amante y devoto de Jesús sacramentado. Amén de hacerle frecuentes visitas y de comulgar espiritualmente, no desaprovechaba ocasión de recibirlo sacramentalmente. Hacía esto con gran edificación de los circunstantes. Se preparaba con un día de riguroso ayuno en honor de la Virgen. Después de la confesión, no quería oír hablar de otra cosa que de la grandeza, la bondad, y el amor de aquel Señor que al día siguiente iba a recibir. Llegado el momento de acercarse al comulgatorio, veíalo yo absorto en altos y devotos pensamientos, y, con toda la persona en la mayor compostura, el paso grave y los ojos bajos, y no sin sentir frecuentes sacudidas de emoción, se acercaba a recibir al Santo de los santos. Vuelto a su sitio, parecía fuera de sí: tan vivamente conmovido se le veía y de tan profunda devoción estaba penetrado. Rezaba, pero su rezo venía interrumpido por sollozos, gemidos internos y lágrimas, y no dominaba aquella tierna conmoción hasta que, acabada la misa, se daba principio al canto de maitines.

Como le dijera yo, en más de una ocasión, que tenía que frenar aquellos actos de devoción externa, porque eran de mal ver, me respondió: *Siento tal presión de alegría en el corazón, que, si no me desahogo, pienso que no voy a poder respirar.* «El día en que comulgo—decía otras veces—, me encuentro tan repleto de dulzura y de contento, que me siento incapaz de entenderlo, y menos de explicarlo».

Dedúcese de todo esto claramente que Comollo se encontraba muy avanzado en el camino de la perfección; ya que *aquellos movimientos de tierna devoción, de dulzura y de ale-*

gría eran resultado de su fe viva y de su caridad inflamada, virtudes que lo guiaban en todas sus acciones y que hasta este punto se le habían enraizado en el alma.

Con esta devoción interna se enlazaba estrechamente una mortificación ejemplar de todos sus sentidos exteriores. Tan modesto era en sus ojos, que le ocurrió frecuentemente, en visitas a jardines y fincas de recreo, no haber visto en lo más mínimo nada de cuanto los demás habían encontrado verdaderamente notable. Nunca se le iba la vista de acá para allá. Comenzada una conversación edificante con su compañero, la proseguía todo el tiempo sin reparar en cuanto acaecía a su alrededor. Hasta ocurrió una vez que, habiéndole preguntado su acompañante a la vuelta del paseo si había visto a su padre que, pasando al lado, le había dirigido un saludo, contestó no haberse dado cuenta de nada.

Veníanle a visitar a menudo unas primas suyas de Chieri. Se convirtió esto para él en una verdadera cruz, al tener que tratar a personas de diferente sexo. De ahí que, cumplido lo que la delicadeza y la obligación exigían, les recomendaba con buenas maneras que le viniesen a ver lo menos posible, y se despedía sin más. Le preguntaron una vez si aquellas sus parientes eran mayores o todavía pequeñas, y si eran muy guapas. Les respondió que por la sombra le parecían ya mayores, pero que nada más sabía, porque nunca les había mirado a la cara. ¡Ejemplo digno de imitarse por quienes aspiran al estado eclesiástico o ya pertenecen a él!

Había cogido la costumbre de poner una pierna sobre la otra y de apoyarse, si le venía bien, sobre los codos en el estudio, en el comedor y en la clase. Pero, por amor a la virtud, se propuso corregirse incluso de esto. En efecto, rogó insistentemente a un compañero suyo que, tan pronto lo viese en esas posiciones, lo amonestase con acritud y se lo afease, y que le impusiese una penitencia particular. De aquí le vino aquella compostura exterior con la que, en la iglesia, en el estudio y en la clase, admiraba y edificaba a cuantos lo contemplaban.

En la comida, se mortificaba a diario. Por lo general, era el momento de mayor apetito cuando se abstenía. Sentado en la mesa era increíblemente parco. Bebía poco vino, y aguado. De cuando en cuando dejaba plato y vino, y se contentaba con tomar pan mojado con agua; daba como razón que le iba mejor para la salud del cuerpo, pero lo hacía, en realidad, por espíritu de mortificación. Advertido una vez de que semejante régimen de alimentación le podría acarrear dolores de cabeza y de estómago, respondió: *A mí me basta con que no dañe al alma.* El

sábado de cada semana ayunaba en honor de la Virgen. En las vigilias y durante la cuaresma, el ayuno lo cumplía con tanto rigor, incluso antes de que se considerase obligado por edad, que *un compañero de comedor dijo más de una vez que Comollo se estaba suicidando.*

Estos son los principales actos externos de penitencia que llegaron a conocimiento mío. De ellos se podrá inferir fácilmente los sentimientos que propiamente nutría Comollo en su corazón. Ya que, si es verdad que las acciones exteriores son redundancia de lo que ocurre en el interior, habrá que convenir en que *el ánimo de Comollo tenía que estar de continuo ocupado en tiernos afectos de amor de Dios, en encendida caridad hacia el prójimo y en grandes deseos de padecer por amor al Señor.*

«La vida de Comollo en el seminario—afirma uno de sus superiores—fue en todo momento una prueba estupenda de lo que realmente era él: exactísimo siempre en el cumplimiento de sus deberes de estudio y de piedad, absolutamente ejemplar en su conducta moral, de tal suerte que, en todo su porte, se transparentaba su natural dócil y obediente, lleno de respeto y de religiosidad. *Tenía agrado en su hablar; de ahí que, si uno experimentaba tristeza, en entrando a conversar con él se sentía aliviado.* Siempre modesto y edificante en las palabras y en el trato, hasta los más reacios se sentían en la obligación de aceptar que para ellos era un modelo de modestia y de virtud; uno de sus compañeros hubo de decir de Comollo que constituía para él un auténtico sermón, que era verdadera miel que suavizaba y endulzaba los corazones y los más rudos impulsos. Otro compañero afirmó varias veces que, proponiéndose ser santo con todas sus fuerzas, para conseguirlo no había visto modo mejor que seguir las huellas de Comollo, y, si bien se contemplaba a mucha distancia de él, ya estaba contento de haber echado a andar para imitarlo».

En vacaciones, su conducta moral era la misma que en el seminario, es decir: asiduo en la recepción de los sacramentos y en la asistencia a las funciones sagradas, y en impartir catecismo a los niños (cosa que ya hacía cuando vestía de paisano) en la parroquia y hasta en la misma calle si los encontraba.

He aquí el horario que él mismo expuso por carta a un amigo suyo:

«Se me han pasado ya dos meses de vacaciones, los cuales, por cierto, a pesar del calor excesivo que ha hecho, han sentado muy bien a mi salud corporal. Ya me estudié las páginas de ética y lógica que nos saltamos durante el curso. Con gusto estu-

diaría la historia sacra de Flavio Josefo, que me aconsejaste; pero empecé la historia de las herejías y no me va a dar tiempo. Por lo demás, mi vida aquí hasta ahora es un ameno paraíso terrenal, pues salto, río, estudio, leo, canto, y no quisiera sino que también estuvieses tú para llevarme la batuta. En la comida, en los momentos de ocio y durante el paseo, disfruto de la compañía de mi tío, el cual, aunque va decayendo por los años, siempre se muestra alegre y chistoso y me cuenta mil cosas a cual más interesante, que, por cierto, me producen verdadera alegría.

»Espero que nos veremos en el día convenido. Que sigas alegre. Demuestra que me quieres rezando por mí al Señor, etc.»

Dado que era muy inclinado a las cosas del ministerio eclesiástico, disfrutaba lo indecible cuando se podía ocupar en ellas; lo que era prueba innegable de que el Señor le llamaba realmente al estado a que él aspiraba.

Su tío, párroco, por cultivar tan buen terreno y secundar tales inclinaciones de su sobrino, le encargó un sermón en honor de la Stma. Virgen. He aquí cómo expresa sus sentimientos al respecto, en carta escrita al mismo compañero:

«He de hablarte también de otra tarea que, si bien me produce un gran consuelo, por otra parte me causa confusión. Me ha encargado mi tío el sermón en honor de la asunción de la Virgen. *Hablar de esta mi Madre tan querida me colma de alegría el corazón.* Mas, conociendo mi insuficiencia, me doy perfecta cuenta de lo lejos que estoy de poder tejer dignamente los elogios de tan gran Señora. En cualquier caso, dispuesto estoy a obedecer apoyándome en la misma ayuda de quien debo ensalzar. Lo tengo ya escrito y medianamente estudiado. El lunes próximo me tendrás ahí para que me lo oigas recitar. Hazme cuantas observaciones estimes del caso en lo que toca a la declamación y al contenido.

»Encomiéndame al ángel custodio para que tenga buen viaje. Adiós».

Tengo en mi poder dicho sermón: la composición, por más que se haya servido de otros autores, es realmente obra suya. En él aparecen expresados todos aquellos afectos hacia la Virgen de que tenía lleno el corazón. A la hora de pronunciarlo, le salió admirablemente bien. «En el momento de comparecer ante el pueblo—escribió después—, sentí que me fallaban las fuerzas y la voz, y que las rodillas se negaban a sostenerme; pero tan pronto como la Virgen me echó una mano, me sentí vigoroso y fuerte; así que empecé, proseguí y acabé sin el me-

nor tropiezo. María lo hizo, y no yo; a ella se la ha de alabar, y no a mí».

Fui algunos meses después a Cinzano y pregunté a varias personas qué les había parecido el sermón de Comollo. Todas se expresaban laudatoriamente. Su tío dijo que veía la acción de Dios en su sobrino. «Sermón de santo», me respondió otro. *Semejaba un ángel en aquel púlpito*—afirmaba un tercero—, *tal era su modestia y la claridad con que razonaba.* Otros exclamaban: «¡Qué hermoso modo de predicar!», e intentaban repetir los pensamientos y las palabras mismas que conservaban en su memoria.

Es indudable que hubiera sido mucho el bien que hubiera podido hacer en la viña del Señor un cultivador de tan grandes cualidades. Todo ello daba pie a las ilusiones que se forjaba su anciano tío, a las esperanzas de sus padres y a cuantos deseos acerca de él manifestaban todos sus paisanos, sus superiores y sus compañeros. Dios, empero, lo debió de ver bastante maduro para El. Y para que la malicia del mundo no le pudiese mudar el pensamiento, queriendo recompensar su buena voluntad, lo llamó a disfrutar de los méritos adquiridos y de aquellos, aún mayores, que ambicionaba adquirir.

CAPITULO IV

Circunstancias que precedieron a su enfermedad

No es mi intención atribuir un valor sobrenatural a las cosas que voy a relatar. Simplemente expondré los hechos como ocurrieron, con escrupulosa exactitud, dejando que cada lector opine como mejor le parezca.

Corría el año 1838 y estaba yo con él, un día de vacaciones de otoño, observando desde una colina la menguada cosecha que traía el campo.

—El año que viene—empecé yo—el Señor nos concederá una vendimia más abundante y obtendremos un vino mejor.

—Tú lo beberás—me respondió.

—¿A qué viene eso?—reaccioné.

—A que yo espero beber del mejor que existe.

Habiéndole insistido que se expresase con mayor claridad, acabó por decir que sentía grandísimos deseos de ir a gustar la ambrosía de los bienaventurados.

Al final de las mismas vacaciones fue a Turín y paró durante

algunos días en casa de una persona, por cierto de muy buen criterio, y cuyas palabras resalto y transcribo:

«Quedamos todos admirados extraordinariamente de la modestia de nuestro buen Luis. *Cortés, afable y sencillo, respiraba piedad en todo lo que hacía, principalmente al rezar; parecía un San Luis.* Era nuestro deseo que permaneciera algún tiempo más con nosotros; pero él mostró una decidida voluntad de partir. Al despedirlo, le dije:

—Adiós, quizá ya no nos veamos más.

—Efectivamente—respondió él—, ya no nos veremos más.

—Mas no lo digo por ti precisamente—añadí—, sino por mí, por mi edad avanzada, que a ti te deseo y auguro que vengas a celebrar misa, recién ordenado.

Entonces él, con llaneza y seguridad, concluyó:

—Yo no llegaré a cantar misa. El próximo año usted estará aún aquí y yo no. Entre tanto, encomiéndeme al Señor. ¡Adiós!

Estas últimas palabras, pronunciadas con tan clara intención por persona que tanto amábamos, nos causaron a todos una viva emoción, y solíamos decir después con frecuencia: '¿No será que nuestro buen Luis sabe algo de su próxima muerte?' Más adelante, cuando se nos anunció que había fallecido, no pudimos menos de exclamar: '¡Y tanto que lo sabía con tiempo!'».

A este anuncio yo le presto completa fe, puesto que personas diversas me lo han contado con los mismos detalles.

Acabadas dichas vacaciones y cuando venía de vuelta al seminario, llegó a aquel punto del camino en que se pierde de vista su pueblo. Se paró y dijo a su padre que le acompañaba:

—No puedo quitar los ojos de Cinzano.

Como le preguntara su padre qué era lo que tanto miraba y si sentía disgusto de volver al seminario, respondió:

—Todo lo contrario, que estoy deseando llegar cuanto antes a aquel lugar de paz. Lo que miro es nuestro pueblo Cinzano, al que estoy contemplando por última vez.

Habiéndole preguntado de nuevo si no se encontraba bien, si quería volverse a casa, respondió:

—De ninguna de las maneras. Me encuentro perfectamente bien. ¡Adelante con alegría, que Dios nos espera!

«Estas palabras—dice su padre—las hemos repetido muchas veces en casa. Aun ahora, cada vez que paso por aquel lugar, a duras penas puedo contener las lágrimas».

Conocía yo este episodio antes de que muriera Comollo.

Y, sin embargo, y a pesar de estos presentimientos del fin

de su vida mortal, que había exteriorizado en circunstancias diferentes, Comollo, con su tranquilidad de costumbre, con su calma imperturbable y siempre igual, continuó aplicándose asiduamente a sus deberes de estudio y piedad; hasta el punto que, como el año anterior, en el examen de mitad de curso obtuvo el premio que se entrega en cada clase al alumno de más virtud y ciencia.

Yo observaba todos sus movimientos y me daba cuenta de que, en la oración y en todo lo relacionado con la piedad, andaba más diligente de lo ordinario. Disfrutaba conversando frecuentemente sobre los mártires de Tonkin.

—Han sido verdaderos mártires—decía—. Dieron su vida por la salvación de las ovejas descarriadas... ¡Qué gloria no tendrán en el cielo!

Exclamaba otras veces:

—¡Oh, si al menos pudiera oír, aunque sin mérito alguno, al salir de este mundo, aquellas palabras consoladoras del Señor: *¡Bien, siervo fiel!*

Discurría sobre el paraíso con verdaderos transportes de gozo. *He aquí una de sus muchas reflexiones al respecto:*

«No raramente me ocurre estar solo, o no poder conciliar el sueño; pues precisamente cuando me encuentro en este estado es cuando yo me dedico a darme a amenos y deliciosísimos paseos. Me imagino que estoy en una alta montaña, desde cuya cima me es dado descubrir todas las bellezas de la naturaleza. Contemplo el mar, la tierra firme, regiones y ciudades diversas, y todo cuanto de magnífico hay en ellas. Elevo los ojos a continuación hacia el cielo sereno, y veo el firmamento, que, cuajado de estrellas, constituye el más grandioso de los espectáculos. Añado a todo esto una música suave, a voces y de instrumentos, que hace exultar de gozo a las montañas y a los valles. Y mientras deleito mi mente con estas representaciones de mi invención, me vuelvo hacia otra parte, alzo los ojos, y he aquí que me encuentro ante la ciudad de Dios. La contemplo desde fuera, me aproximo, y penetro en ella... Fácil es de imaginar la de cosas que a continuación hago desfilar por mi imaginación».

Y, contando ese su paseo, narraba las cosas más curiosas y edificantes que él se imaginaba ver en las estancias del paraíso.

Fue precisamente este año cuando yo le arranqué el secreto de cómo hacía para conseguir largas oraciones sin la menor distracción.

—¿Quieres que te lo diga? Tan pronto me pongo en ora-

ción, surge allá adentro una imagen material que te hará reír. Cierro los ojos y, con el pensamiento, me siento transportado a una gran sala adornada con arte extraordinario; al fondo de la misma destaca un trono majestuoso en que se sienta el Omnipotente, y tras él se sitúan todos los infinitos coros de los bienaventurados; pues allí me prosterno yo y, con todo el respeto de que soy capaz, hago mi oración.

Todo esto demuestra, según las reglas de los maestros de espíritu, hasta qué punto la mente de Comollo estaba despegada de las cosas sensibles y en qué medida era capaz de dominar a voluntad sus facultades intelectuales.

Tenía por costumbre leer, durante la misa, en los días laborables, las meditaciones sobre el infierno del padre Pinamonti.

—A lo largo de este año—me dijo en más de una ocasión—, he ido leyendo en la iglesia meditaciones sobre el infierno. Las acabé de leer, pero las vuelvo a empezar de nuevo. Aunque el tema sea triste y cause temor, insisto en su lectura; así, considerando mientras vivo la intensidad de aquellas penas, no las tendré que experimentar después de muerto.

Vivamente penetrado de estos sentimientos, practicó también, durante la cuaresma de este año, los ejercicios espirituales. Al terminarlos, como si ya nada hubiese de esperar de este mundo, daba a entender que los ejercicios espirituales constituían el mayor de los favores que el Señor le habría podido hacer.

—Es ésta la gracia más grande—decía a sus compañeros efusivamente—que Dios puede conceder a un cristiano; pues le suministra un medio extraordinario de ocuparse a conciencia y con toda comodidad de los asuntos de su alma; con el concurso, además, de mil circunstancias favorables, como son: las meditaciones, las instrucciones, las lecturas, los buenos ejemplos... ¡Qué bien te portas, Señor, con nosotros! ¡Qué enorme ingratitud la de quienes no corresponden a tamañas bondades de Dios!

De esta suerte, mientras se iba él perfeccionando en virtudes y se enriquecía su alma de méritos, se aproximaba el tiempo—que él vio con anticipación, según parece, en varias ocasiones—en que debía recibir la recompensa.

CAPITULO V

Cae enfermo. Muere

Era razón que un alma tan pura y tan adornada de hermosas virtudes como la de Comollo no tuviera ningún miedo al acercarse la muerte. Y, con todo, experimentó grandes temores. Pues ¿qué ha de ocurrirle al pecador, si las almas buenas tienen tanto miedo, cuando haya de presentarse ante Dios para rendirle cuenta de sus obras?

Era el 25 de marzo de 1839, día de la Anunciación de la Virgen, cuando yo, al marchar corredor adelante hacia la capilla [1], me di cuenta de que él me estaba esperando. Al preguntarle cómo había pasado la noche, me respondió que para él todo había acabado.

Quedé profundamente sorprendido. Tanto más que la noche anterior habíamos paseado un rato juntos y se sentía perfectamente bien. Preguntado sobre el motivo, respondió:

—Siento que el frío ha invadido todos mis miembros; me duele la cabeza y no va el estómago; a pesar de todo, no es el mal físico el que me preocupa, lo que sí realmente me preocupa—decía esto con voz grave—es tener que presentarme ante el juicio de Dios.

Mientras le iba yo diciendo que no se apurase, que aún estaba todo eso lejos y que había tiempo de prepararse, entramos en la iglesia. Todavía pudo oír la santa misa; al final sintió que sus fuerzas le venían a menos y hubo, en consecuencia, de meterse en cama.

Tan pronto como terminaron los actos de la iglesia, fui a visitarlo en su propia habitación. Al verme entre los que le estaban acompañando, hizo señal de que me acercase y, obligándome a inclinar hacia él la cabeza, como si fuera a confiarme algo muy importante, empezó a hablarme de este modo:

—Decías que aún está lejos, que tiempo hay de prepararme antes de partir. Pues no es así. Sé de cierto que me he de presentar en seguida ante la presencia de Dios. El tiempo que resta para prepararme es bien poco. ¿Qué más quieres que te diga? Nos tendremos que separar.

Yo le exhortaba a estar tranquilo, a que no se pusiera nervioso con semejantes ideas.

—No me inquieto ni me pongo nervioso—me respondió—;

[1] Toda esta minuciosa narración es de un compañero suyo, quien la escribió, parte, durante la enfermedad; parte, poco después de su muerte.

únicamente pienso que he de comparecer en aquel gran juicio, en aquel juicio inapelable, y eso es lo que agita mi mundo interior.

Estas palabras me impresionaron profundamente y me hicieron pensar; por eso quería estar siempre bien enterado de cómo se encontraba. Cada vez que le visitaba me repetía las mismas palabras: «Se acerca el momento en que me he de presentar ante el juicio de Dios. Nos tendremos que separar». En el curso de la enfermedad me las repitió unas quince veces, y se las fue repitiendo también a muchos de los compañeros que subían a visitarlo.

Me dijo además que su enfermedad había que entenderla al revés de lo que dijeran los médicos, y que medicinas y operaciones no le producirían ningún alivio. Y así ocurrió, en efecto.

Todas estas manifestaciones atribuíalas yo, al principio, a su temor al juicio de Dios, pero como viese que se iban cumpliendo paso a paso, las comuniqué a alguno de mis compañeros y, por fin, al propio director espiritual: éste, si bien, de momento, no las tuvo muy en cuenta, al ir comprobando los hechos quedó profundamente maravillado.

Entre tanto, Comollo, el lunes, se quedó en cama con fiebre. El martes y el miércoles los pasó levantado, pero siempre triste y melancólico, y absorto en el pensamiento del juicio de Dios. Al atardecer del miércoles se metió definitivamente en cama para no levantarse más. A lo largo del jueves, viernes y sábado de la misma semana (semana santa de aquel año), se le practicaron tres sangrías, tomó diversas medicinas y sudó copiosamente; pero no obtuvo alivio alguno. Cuando fui a visitarlo el sábado por la mañana, víspera de Pascua de Resurrección, me dijo:

—Ya que vamos a tener que separarnos y dentro de poco me voy a presentar ante Dios, quisiera que me velases esta noche. Yo mismo pediré el permiso, y seguro que me dirán que sí.

Hablé yo mismo con el director, quien, al ver que aparecían síntomas de agravamiento, me autorizó a pasar con él la noche del 30 de marzo, anterior al solemne domingo de Resurrección. Hacia las ocho me di cuenta de que la fiebre le subía bruscamente, y hacia las ocho y cuarto, la calentura se hizo tan convulsiva y violenta que perdió el uso de la razón. Al principio se lamentaba en alta voz, como si algo espantoso lo aterrorizara; al cabo de media hora, volviendo un poco en sí y mirando a los que estaban presentes, prorrumpió en esta ex-

clamación: «¡Ay, el juicio!» Y, a continuación, comenzó a agitarse de tal modo, que apenas los cinco o seis que estábamos allí podíamos mantenerlo en el lecho.

Esta agitación duraría sus buenas tres horas, al cabo de las cuales volvió completamente en sí. Se estuvo un buen espacio de tiempo pensativo, como ocupado en importantes reflexiones, y, finalmente, deponiendo aquel aire de tristeza y terror por los juicios divinos que desde días atrás venía padeciendo, se mostró completamente tranquilo y sereno. Sonreía, daba respuesta a cuanto se le preguntaba. Se le dijo que de dónde procedía tal cambio, ya que antes se mostraba tan triste y ahora tan afable y jovial. Ante estas palabras quedó de momento desconcertado, pero, tomando precauciones para que ningún otro lo oyese, empezó a hablar a solas con uno de los presentes:

«Hasta ahora tenía miedo de morir por temor a los juicios divinos. Me aterrorizaban. Mas ahora estoy tranquilo; es debido a lo siguiente, que te expongo con toda confianza:

»Mientras me sentía terriblemente agitado por temor al juicio de Dios, me pareció ser llevado en un instante a un valle grande y profundo, en el que lo desapacible del ambiente y la furia del viento arruinaban las fuerzas y el vigor de quien por allí acertase a pasar. En la mitad del valle, a modo de horno, había un profundo abismo del que salían grandiosas llamaradas...

»A su vista, espantado, me puse a gritar, pues temía precipitarme en aquel torbellino. Como es natural, me volví con la intención de huir. Pero he aquí que una innumerable turba de monstruos, de diferentes y espantosos aspectos, trataban de arrastrarme allá abajo. Entonces grité con fuerza y, todo confuso, sin saber qué me hacía, me persigné.

»A la vista de la señal de la cruz, los monstruos intentaban inclinar las cabezas, pero no podían; y el resultado fue que, entre grandes contorsiones, se alejaron algo de mí. Pero ni aun así me era posible huir y librarme de aquel lugar de maldición; hasta que, al fin, vi un puñado de formidables guerreros que venían en mi ayuda. Asaltaron vigorosamente a los monstruos, los cuales, o resultaron despedazados o tendidos por tierra, o se dieron a vergonzosa fuga.

»Libre de tan gran apuro, reemprendí la marcha a través de aquel espacioso valle hasta alcanzar el pie de la alta montaña. Pero sólo se podía subir por una escalera, y los peldaños estaban ocupados por serpientes dispuestas a devorar a quien lo intentara. Veía que no había más solución que ascender por ella, y, sin embargo, no me decidía por miedo a que aquellas

serpientes me devorasen. Mas he aquí que, mientras me hallaba sumido en estas angustias y las fuerzas me iban faltando, aparece una señora, sin duda alguna *la Madre de Dios,* vestida de gran pompa, que *me toma de la mano,* me hace poner de pie *y, diciéndome que le siga y haciéndome de guía, comienza a subir la escalera.* Tan pronto como ponía sus pies en los peldaños, todos aquellos reptiles volvían sus mortíferas cabezas en otra dirección, y sólo nos miraban de nuevo cuando nos encontrábamos suficientemente lejos. Al llegar a la cima me encontré en un jardín deliciosamente, donde vi cosas que nunca pude imaginar que existiesen.

»Esto sosegó mi corazón y me produjo tal tranquilidad que, lejos de aguardar con miedo a la muerte, ansío que llegue en seguida para unirme al Señor.»

Piénsese lo que se quiera del anterior relato, pero la verdad es que tanto más alegre se mostraba ahora y deseoso de comparecer ante Dios, cuanto grandes habían sido antes el miedo y el espanto de que llegase aquel momento. Nada ya de tristeza y de preocupación en su rostro; al revés, mostraba en todo instante un aspecto jovial y sonriente, hasta el punto que continuamente deseaba cantar himnos y cánticos espirituales.

Se le advirtió que, siendo Pascua aquel día, resultaba muy oportuno recibir los santos sacramentos.

—Con mucho gusto—respondió—, y ya que el Señor resucitó, más o menos a esta hora (eran las cuatro y media de la mañana), querría que también resucitase en mi corazón con la abundancia de su gracia. Nada recuerdo que pueda inquietar mi conciencia; dado, empero, el estado en que me encuentro, agradecería poder hablar con mi confesor antes de comulgar.

Surge esta observación: Un muchacho que ha vivido en el mundo, que se halla en el vigor de la edad, que sabe que dentro de poco ha de presentarse ante el juicio de Dios, dice, con sencillez, que nada le reprocha la conciencia..., que está tranquilo. Es forzoso admitir que su vida transcurrió perfectamente en regla, que su alma y su corazón son puros.

Su comunión, por lo demás, fue un espectáculo edificante y maravilloso. Terminada la confesión y hecha la preparación para recibir el santo viático, penetró en la habitación el director—que hacía de ministro—seguido de los seminaristas. No bien hubo aparecido, el enfermo, turbado, cambió de color, mudó de aspecto y santamente arrobado exclamó:

—¡Oh, qué gozosa visión y qué hermoso panorama! ¡Mira cómo resplandece aquel sol! ¡Qué de hermosas estrellas le hacen corona! ¡Cuánta gente le adora y no osan alzar la frente!

¡Ea, deja que vaya a arrodillarme junto a ellos, a adorar también yo a ese sol nunca visto hasta ahora!

Y, mientras hablaba, intentaba incorporarse y, a tirones, salir al encuentro del Stmo. Sacramento. Yo le hacía fuerza para mantenerlo en el lecho, mientras me caían lágrimas de ternura y de estupor; y no acertaba a decir ni a responderle nada. El seguía luchando por alcanzar el santo viático; y hasta que lo recibió no quedó tranquilo.

Después de comulgar estuvo algún tiempo inmóvil, enteramente concentrado en afectuosos sentimientos hacia su Señor. Al fin, como deslumbrado, exclamó:

—¡Oh, portento de amor! ¿Quién soy yo para haber sido digno de un presente tan grande! ¡Oh, exulten, sí, los ángeles del cielo! Pero más razón que ellos tengo de alegrarme, pues yo guardo en mi seno a quien ellos han de adorar postrados: Quien no puede ser abarcado por los cielos, puso su morada en mí; Dios ha querido hacer maravillas con nosotros, y nos hace rebosar de alegría.

Recitó durante bastante tiempo estas y otras jaculatorias.

Finalmente, me llamó en voz baja y me rogó que no le hablase ya más que de cosas espirituales; pues decía que, siendo tan preciosos aquellos últimos momentos de vida, los debía emplear en glorificar a su Dios, y que, por lo mismo, no había de dar respuesta alguna en adelante si se le preguntaba sobre otros temas.

Efectivamente, en lo que duraron sus crisis convulsivas, desbarraba cuando se le proponían cuestiones temporales, pero, si eran espirituales, respondía coherentemente.

Entre tanto iba empeorando. Se tuvo consulta, se recetaron medicinas, se practicaron varias pequeñas operaciones, se hizo, en suma, cuanto aconsejó el arte de médicos y cirujanos, pero sin el menor resultado. Todo ocurrió, en el modo y en las circunstancias, tal y como el enfermo lo había predicho.

Estuvo en condiciones, durante unas horas, de poder desahogarse libremente con un compañero suyo, porque los otros seminaristas se habían marchado a la catedral. Mantuvo con él una conversación, que por estar enteramente impregnada de ternura y de sentimientos piadosos transcribo aquí al pie de la letra, según me fue facilitada.

«He aquí—decía a su amigo—, he aquí cercano por fin el momento en que nos tenemos que separar por algún tiempo; escucha los recuerdos que como amigo te dejo».

Y daba un aire de intimidad a lo que iba diciendo.

«No es de buen amigo cumplir con el otro amigo sólo mien-

tras se vive, sino que se han de cumplir también los encargos hechos para después de la muerte. Por lo mismo, el pacto que hicimos, reforzado de promesas, de rezar el uno por el otro para salvarnos, quiero que quede en pie no sólo hasta que muera uno de los dos, sino hasta que muramos los dos; en consecuencia, promete y jura que has de rezar por mí mientras duren tus días en este mundo».

«Aunque me venían ganas de llorar al escuchar tales expresiones—comenta el amigo—, con todo, aguanté las lágrimas y prometí lo que se me pedía y en los términos en que se me pedía».

«Pues bien—prosiguió el enfermo—; he aquí lo que yo puedo decir respecto a ti: Aún no sabes si los días de tu vida serán pocos o muchos; pero, por más que la hora sea incierta, lo que sí es seguro es que también a ti te ha de llegar. Por lo tanto, obra de modo que tu vivir sea un continuo prepararse para la muerte y el juicio...

»Los hombres, de cuando en cuando, piensan en la muerte y están convencidos de que aquella no deseada hora acabará por llegar; pero no se preparan. El resultado es que, cuando les viene encima, se desconciertan, y que quienes mueren en esta confusión quedan eternamente confundidos. ¡Bienaventurados los que, ocupando su vida en obras buenas, se encuentran preparados para tal momento!

»*Si con el tiempo el Señor te hace guía de otras almas, incúlcales el pensamiento de la muerte y del juicio y el respeto a los lugares santos, a las iglesias;* pues se ven personas, cuyo hábito las señala, que le tienen poco respeto a la casa del Señor, y así se dan casos de que hombres de pueblo y despreciadas viejecillas se conduzcan con las más santas disposiciones, mientras al ministro del santuario se le ve ausente, sin que ponga atención en que se halla en la casa del Dios viviente.

»*Has de profesar una especial devoción a María Santísima,* ya que a lo largo del tiempo que militamos en este mundo es el suyo el patrocinio de más poder de que disponemos.

»¡Ah si los hombres pudiesen persuadirse del gran consuelo que en el momento de la muerte produce el haber sido devotos de la Virgen; todos, a porfía, buscarían modos nuevos de rendirle especiales honores! Será ella precisamente la que, con su Hijo en brazos, constituirá contra el enemigo del alma nuestra auténtica defensa en la última hora. Ya puede el infierno entero declararnos la guerra; con María al lado, el triunfo será nuestro.

»No seas nunca de aquellos que, porque recitan a María al-

guna plegaria y le ofrecen cualquier mortificación, ya se creen en el derecho de ser protegidos de ella; y luego resulta que llevan una vida libre y licenciosa. Para ser de esos devotos, mejor es no serlo. Se muestran tales por pura hipocresía, para que se les ayude en la ejecución de sus planes al margen de la ley y, lo que es peor, para obtener, si fuere posible, el visto bueno sobre su desarreglada vida. *Tú sé siempre del grupo de los verdaderos devotos de la Virgen,* de los que imitan sus virtudes; de este suerte probarás los frutos de su bondad y de su amor.

»*Añade a todo esto la frecuencia de los sacramentos de la confesión y comunión.* Son ellos los instrumentos, las armas con que se hace frente a los asaltos del demonio y se sortean los escollos de este borrascoso mar del mundo.

»Por último, *mira con quién tratas, conversas y trabas amistad.* No aludo únicamente a las personas de diferente sexo y a aquellas otras del siglo, de las que, por ser para nosotros un evidente peligro, hemos de guardarnos de un modo efectivo, sino a los propios compañeros, clérigos e incluso seminaristas, porque de entre éstos *los hay malos,* otros que no son *ni malos ni buenos* y, finalmente, otros *verdaderamente buenos.* De los primeros se ha huir por encima de todo; con los segundos se ha de tratar cuando sea necesario, pero sin contraer con ellos familiaridad; son los últimos con quienes hay que relacionarse y cuyo trato reporta provecho espiritual y temporal. Es cierto que éstos suelen ser escasos, pero precisamente por eso se ha de observar la más prudente de las cautelas; y en encontrando uno, se le ha de tratar con frecuencia y establecer con él aquella espiritual familiaridad de la que tanto fruto se saca. Con los buenos serás bueno; con los malos, malo.

»Aún he de pedirte otro cosa, y lo hago de corazón; que cuando vayáis de paseo y oigas, al pasar junto a mi tumba, que los compañeros dicen: *Aquí está enterrado nuestro compañero Comollo,* tú les sugieras delicadamente, de parte mía, un padrenuestro y un *réquiem* por mí; así me veré libre de las penas del purgatorio.

»Muchas otras cosas querría decirte todavía, pero advierto que el mal va en aumento y me vence. Ruega por mí y encomiéndame también a las oraciones de nuestros amigos. Que Dios te acompañe y te bendiga. Cuando él disponga, nos volveremos a ver».

Estos sentimientos, exteriorizados en un momento en que se manifiesta lo que el corazón guarda dentro, constituyen *el retrato auténtico de su espíritu. El pensamiento de las verdades eternas, la frecuencia de los sacramentos, una devoción*

tierna a la Madre de Dios, la fuga de los malos compañeros y el trato con los que pudieran ayudarle en el estudio y la piedad fueron la razón de ser de todos sus actos.

Al atardecer del día de Pascua le sobrevino una brusca subida de fiebre, acompañada de dolorosas convulsiones. A duras penas se podía contener. Pero se encontró un medio infalible con que calmarle. Cuando, fuera de sí y agitado por el mal, se le decía simplemente: «Comollo, ¿por quién hay que sufrir?», él volvía en sí en seguida y, jovial y sonriente, como si aquellas palabras le anularan el sufrimiento, respondía: «Por Jesucristo crucificado».

En semejante estado, sin proferir siquiera un lamento a causa de la intensidad del dolor, pasó la noche entera y casi todo el día siguiente. Mientras tanto le visitaron sus padres, que reconoció muy bien y a los que recomendó resignación a la voluntad de Dios y que no le olvidasen en sus oraciones. De cuando en cuando se ponía a cantar con voz perfectamente normal y tan sostenida que se dijera hallarse en buena salud. Sus cantos eran el *Miserere,* el *Ave Maris Stella,* las letanías de la Virgen y coplas espirituales. Pero, dado que el cantar le fatigaba y le aumentaba el mal, se encontró manera de mantenerlo en silencio: fue sugerirle el rezo de cualquier oración; de este modo dejaba el canto y recitaba lo que se le había sugerido.

A las siete de la tarde del día 1 de abril, como empeorase a ojos vistas, el director espiritual estimó oportuno administrarle los santos óleos. Durante la administración no parecía sino que estaba completamente curado. Intervenía verbalmente en su debido momento, tanto que el celebrante hubo de confesar que se trataba de algo fuera de lo común. Mientras pocos momentos antes parecía estar en agonía, ahora hacía con toda exactitud de monaguillo respondiendo a todas las preces y responsorios del ritual.

Lo propio aconteció a las once y media cuando el señor rector, al observar que un frío sudor iba cubriendo su pálido rostro, le impartió la bendición papal.

Una vez recibidos los sacramentos, ya no pareció más un enfermo, sino más bien persona que descansase en el lecho. Se mostraba completamente dueño de sí mismo, sosegado, tranquilo, muy alegre. No hacía otra cosa que musitar jaculatorias a Jesús crucificado, a María Santísima y a los santos; el rector hubo de decir que no había menester de quien le recomendase el alma, porque se bastaba a sí mismo.

Una hora después de la media noche del 2 de abril pre-

guntó a uno de los que le asistían si le quedaba mucho tiempo aún. Se le respondió que una media hora.

—Queda más—añadió el enfermo.

—Sí—intervino uno, juzgando que deliraba—, queda media hora, y a continuación, a clase, a lección.

—¡Oh—comentó el enfermo, sonriendo—, bonita clase...! ¡Es algo mucho más importante lo que queda!

Preguntado por un compañero si en el cielo se acordaría de él, respondió:

—Me acordaré de todos, pero particularmente de quienes me ayuden a salir del purgatorio.

A la una y media, aunque conservaba su acostumbrada serenidad de semblante, se le vio muy decaído, hasta el punto que parecía fallarle la respiración. Poco después se repuso un tanto, recogió todas las fuerzas que le restaban y, con voz clara y con los ojos puestos en el cielo, prorrumpió en estas palabras:

«Virgen santa, Madre benigna, amada Madre de mi amado Jesús. ¡Ah! Tú que de todas las criaturas fuiste la única digna de llevarlo en tu seno puro y virginal, por el amor con que lo amaste y lo estrechaste entre tus brazos, por lo que sufriste al compartir su pobreza y cuando le contemplaste entre empellones, salivazos y azotes, y, sobre todo, muriendo entre indecibles dolores en la cruz, por todo eso, obtenme tú el don de la fortaleza, una fe viva, una esperanza firme, una ardiente caridad, juntamente con un sincero dolor de mis pecados; y a cuantos favores me obtuviste durante toda la vida, añade la gracia de que pueda tener una santa muerte. Sí, madre compasiva, asísteme en este punto en que estoy para presentar mi alma ante el tribunal de Dios. Ponme tú misma en brazos de tu divino Hijo. Si atiendes mi súplica, yo, decididamente y con confianza y apoyado en tu clemencia y bondad, por tus manos, rindo mi alma a aquella majestad suprema, cuya misericordia espero conseguir».

Estas son exactamente las palabras pronunciadas por él. Lo hizo con tal énfasis y tan poseído de su significado, que los que estaban allí se conmovieron hasta las lágrimas.

Al acabar esta fervorosa oración pareció caer en un sopor mortal, por lo que, para que no perdiese el conocimiento, le pregunté si sabía a qué edad había muerto San Luis. Avivado por esta pregunta, respondió:

—Tenía veintitrés cumplidos. Yo muero sin tener los veintidós.

Como se le acabasen del todo las fuerzas y le fallase el pul-

so, deduje que era llegado el último momento en que tenía que dar el último adiós al mundo y a sus compañeros. En consecuencia, comencé a sugerirle cuanto se me ocurría en circunstancias de tanta trascendencia. El, muy atento a cuanto se le decía, con la sonrisa en los labios y con los ojos fijos en un crucifijo que sostenía entre sus manos, juntas sobre el pecho, se esforzaba en repetir las palabras que le sugería.

Unos minutos antes de expirar llamó a uno de los presentes y le dijo:

—Si quieres algo para la eternidad, ¡adiós!..., yo me voy.

Estas fueron sus últimas palabras. Por habérsele tornado los labios gruesos y áspera la lengua, ya no podía repetir las jaculatorias que le sugeríamos; aun así, las recomponía y articulaba con los movimientos de los labios.

Dos diáconos que se encontraban presentes le leyeron el «Sal, alma cristiana...» Cuando terminaron, mientras lo encomendábamos a María Santísima y a los ángeles para que le valiesen ante la presencia de Dios, en el momento preciso en que pronunciábamos los nombres de Jesús y de María, sin el más leve movimiento, su hermosa alma se separó del cuerpo y marchó volando a reposar, como esperamos, en la paz del Señor.

En los últimos instantes se mantuvo continuamente sereno, con el rostro alegre y *esbozando una dulce sonrisa, como de quien resulta repentinamente sorprendido ante un espectáculo maravilloso y grato.*

Tenía veintidós años menos cinco días. Eran las dos de la noche del 2 de abril de 1839; aún no había amanecido.

Así fue la muerte del joven seminarista Luis Comollo. Había sabido arrojar las semillas de la virtud en el terreno de su corazón en medio de las ocupaciones más vulgares, las había cultivado entre las lisonjas del mundo y, tras perfeccionarlas a lo largo de casi dos años y medio de formación sacerdotal, con una penosa enfermedad las había llevado a su madurez plena. Y cuando unos se gloriaban de haberle tenido por modelo, otros por guía y consejero y no pocos por amigo leal, él los dejó a todos en el mundo y se fue, como esperamos, a protegerlos desde el cielo.

A primera vista no se ve cómo un alma como la de Comollo, de vida tan ejemplar, pudiera sentirse acobardada ante los juicios de Dios. Pero, si bien se mira, ésta suele ser la conducta que observa Dios con sus elegidos. Ellos, al pensamiento de que han de comparecer delante de aquel riguroso tribunal, se llenan de temor y espanto. Mas el mismo Dios corre en su ayuda y, en vez de convertirse ese espanto, como ocurre

en los pecadores, en violentos remordimientos y desesperación, a los justos se les trueca en ánimos, confianza y resignación hasta inundarles el alma de una dulce alegría. Precisamente es en este punto donde el justo comienza a experimentar, por las obras buenas que hizo, la compensación del ciento por uno prometida por el Evangelio. Efectivamente, las amarguras de la muerte quedan dulcificadas por una tranquilidad y calma de espíritu y por un contento y un gozo interior que avivan la fe, fortalecen la esperanza e inflaman la caridad hasta tal punto que, por decirlo de alguna manera, el mal afloja y sobreviene como anticipo una muestra de aquella felicidad que están a punto de compartir con Dios durante toda la eternidad. Esto sólo ya lo juzgo yo estímulo suficiente como para buscarse trabajos y sufrimientos en esta vida, empeñarse en tolerarnos mutuamente con paciencia y ajustar nuestras acciones a los mandamientos de Dios.

CAPITULO VI

Los funerales

Cuando se hizo de día y corrió la voz de la muerte de Comollo, todo el seminario quedó sumido en una triste desolación. Uno decía: «Para esta hora ya estará Comollo rezando por nosotros». Otro: « ¡Con cuánto acierto previó su muerte! » Algunos añadían: «Supo vivir santo y morir santo». Y aun hubo quien razonó: «Si alguna vez los hombres pudieron afirmar que un alma voló del mundo al cielo, éste es el caso de Comollo».

En consecuencia, todos andaban a porfía en hacerse con cualquier objeto que le hubiese pertenecido. Este hizo lo imposible por llevarse un crucifijo; aquél, por guardarse una estampa; aquellos otros reputaron gran fortuna haber dado con alguna de sus libretas, y hasta hubo uno que, no pudiendo conseguir otra cosa, tomó su alzacuellos como recuerdo perenne de un tan amado y venerado compañero.

El rector del seminario, movido por las circunstancias que acompañaron su muerte y no sufriendo que su cadáver viniese a ser enterrado en el cementerio común, de buena mañana partió para Turín y obtuvo de las autoridades religiosas y civiles que pudiese ser enterrado en la iglesia de San Felipe, contigua al propio seminario.

El profesor de la asignatura de la mañana comenzó la clase a la hora acostumbrada; pero, al tener que empezar a explicar, observando la tristeza que todos sus oyentes tenían pintada en sus rostros, se conmovió también él profundamente y, rompiendo en llanto y sollozos, hubo de abandonar el aula al no poder pronunciar palabra.

El otro profesor vino por la tarde a clase, pero, en vez de la explicación de siempre, hizo un patético discurso sobre la muerte de Comollo. En él dijo que veía proporcionado el dolor que manifestábamos por la muerte de un compañero tan excepcional, pero que teníamos que alegrarnos en la esperanza de que una vida tan edificante y una muerte tan hermosa nos habían de procurar, de seguro, un protector en el cielo. Exhortó a todos a proponérselo como modelo de vida virtuosa y de conducta clerical ejemplar. Analizó también su muerte desde varios puntos de vista: muerte de un justo, muerte preciosa a los ojos de Dios... Y terminó recomendándonos que nunca dejáramos de recordarlo y que imitásemos sus virtudes.

El día 3 de abril, por la mañana, con la participación de todos los seminaristas, de todos los superiores y del canónigo-párroco con su clero, se acompañó procesionalmente el cadáver por la ciudad de Chieri, y después de un largo recorrido, entre cantos fúnebres y piadosos rezos, fue conducido a la ya dicha iglesia de San Felipe.

Llegados allí, con música lúgubre y con negro y pomposo aparato, el rector del seminario cantó la misa *praesente cadavere*. Cuando terminó, el féretro fue depositado en una tumba que le había sido preparada junto al lugar donde la balaustrada queda partida en dos; como si Jesús sacramentado, al que Luis había demostrado tanto amor y con el que solía entretenerse tan a gusto, quisiera tenerlo cerca también después de muerto.

A los siete días se celebró además otro funeral con el mayor aparato posible de adornos y de cirios.

Estos fueron los últimos honores que le rindieron sus condiscípulos, quienes, profundamente conmovidos, nada escatimaron a la hora de honrar a un compañero al que habían amado tanto.

CAPITULO VII

Consecuencias de su muerte

Es realmente innegable que el recuerdo de las almas buenas no acaba con la muerte, sino que lo recoge la posteridad en provecho propio. Una enfermedad y muerte así, tan hermosas y ejemplares, en las que se pudieron descubrir tales sentimientos de virtud y de piedad, despertaron, por fuerza, en muchos seminaristas el deseo de imitarlo. No pocos, en consecuencia, hicieron un esfuerzo por llevar a la práctica los consejos y avisos que les había dado Luis cuando vivía; otros, por imitar sus ejemplos y virtudes; hasta tal punto que a no pocos seminaristas que al principio no habían dado demasiadas pruebas de entusiasmo por una vocación a la que decían aspirar, ocurrida la muerte de Comollo, se les notó verdaderos esfuerzos para convertirse en modelos de virtud.

«Fue precisamente a consecuencia de la muerte de Comollo —dice un compañero suyo—cuando me decidí a llevar una vida de auténtico aspirante al sacerdocio para convertirme en verdadero eclesiástico; y por más que tal resolución haya sido hasta ahora ineficaz, no desisto, sino al revés, me empeño todos los días cada vez más en multiplicar el esfuerzo».

Y no fueron precisamente propósitos de circunstancia, ya que todavía hoy se siente allí el buen olor de las virtudes de Comollo. Prueba de ello es que el rector del seminario me confesó algunos meses atrás que «el cambio obrado en los seminaristas por la muerte de Comollo aún dura en nuestros días».

Habría que hacer notar en este punto que todo esto se produjo, principalmente, como consecuencia de dos apariciones de Comollo después de su muerte (de una de las cuales son testigos las personas de un dormitorio entero)[2], como también re-

[2] Copiamos del capítulo 14 de la edición de 1884:

Me limitaré a exponer una, de la que fue testigo un entero dormitorio; suceso que levantó comentarios dentro y fuera del seminario. Esta extraordinaria visita la recibió un compañero, con el que Comollo había mantenido amistad mientras vivía. He aquí como el propio compañero narra el hecho:

«En nuestras relaciones de amistad, por imitar lo que habíamos leído en algunos libros, habíamos hecho el trato de rezar el uno por el otro y de que el que muriese primero tenía que traer noticias del otro mundo al que quedase vivo. Confirmamos nuestra promesa en bastantes ocasiones, aunque siempre añadíamos la condición de que si Dios lo permitía y era de su agrado. Fue como cosa de niños, sin darnos cuenta de su importancia; pero entre nosotros aquella sagrada promesa se tuvo siempre por algo serio y que había que cumplir. A lo largo de la enfermedad de Comollo se renovó varias veces

sultaría oportuno relatar algunas gracias que por intercesión suya fueron obtenidas.

Pero yo dejo a un lado todo esto y me limito a cerrar este bosquejo, o como se le quiera llamar, con dos hechos que, dada la solvencia y categoría de las personas que los relatan, en mi opinión pueden ser aceptados plenamente.

Una persona muy entregada al servicio de Dios sufría tentaciones de mucho tiempo atrás. Pero, unas veces de un modo y otras de otro, siempre había logrado superarlas. Mas un día sufrió un acoso tan violento que parecía iba a ser, desgraciadamente, vencida. Cuanto más luchaba por alejar sus malos pen-

el pacto; y cuando él murió se estaba a la espera del cumplimiento; y no sólo yo, sino también algunos compañeros que estaban en el secreto.

»Era la noche del 4 de abril, la noche siguiente al día de su entierro, y yo descansaba, juntamente con los otros alumnos de teología, en el dormitorio que da al patio por el lado de mediodía. Estaba en la cama, pero no dormía: pensaba precisamente en la promesa que nos teníamos hecha; y como si adivinara lo que iba a ocurrir, era presa de un miedo terrible.

»Al filo de medianoche oyóse un sordo rumor al fondo del corredor; rumor que se hacía más sensible, más sombrío, más agudo a medida que venía avanzando. Semejaba el ruido de un gran carro, o de un tren en marcha, o como de disparo de cañones. No sé expresarlo sino diciendo que formaba un conjunto de ruidos tan violentos y daba un miedo tan grande, que cortaba el habla a quien lo percibía. Al acercarse dejaba tras sí en sonora vibración las paredes, las bóvedas y el pavimento del corredor, hasta el punto que no parecían sino que eran hechos de planchas de hierro, sacudidas por potentísimos brazos.

»Avanzaba aquello, pero no podía adivinarse a qué distancia; se producía aquella incertidumbre que se nota cuando, de una máquina de vapor en plena marcha, no se puede deducir el punto en que se encuentra, sino que sólo se conjetura su situación por la nube de humo que se expande al viento.

»Los seminaristas se despiertan, mas ninguno puede articular palabra. El ruido viene acercándose, cada vez más espantoso. Se le siente ya junto al dormitorio. Se abre la puerta por la violencia del propio fenómeno. Continúa avanzando el fragor sin que se vea nada, salvo una lucecita de varios colores que parece el regulador del sonido. De repente se hace un inesperado silencio. Brilla la luz vivamente y se oye con toda claridad la voz de Comollo, que, llamando por su nombre al compañero tres veces consecutivas, le dice:

—Me he salvado.

»En aquel momento el dormitorio se ilumina más, el bronco rumor se vuelve otra vez más violento, como trueno que echa abajo la casa; pero he aquí que se extinguió repentinamente, desapareciendo la luz al mismo tiempo.

»Los compañeros, saltando de la cama, huyeron sin saber adónde: algunos se refugiaron en algún ángulo del dormitorio; otros se apretaron alrededor del prefecto del dormitorio, don José Fiorito, de Rívoli; todos pasaron el resto de la noche esperando ansiosamente la luz del día.

»Yo sufrí mucho; y fue tal el terror que sentí, que hubiese preferido morir en aquellos momentos. De allí me vino una grave enfermedad que me llevó al borde de la tumba; me dejó tan mal parado de salud, que no la recuperé hasta muchos años después».

Dejo en libertad a cada lector de enjuiciar como le parezca esta aparición; pero advierto por adelantado que, después de tantos años, aún quedan vivos algunos testigos del hecho. Yo me he limitado a exponerlo en todos sus detalles; pero recomiendo a todos mis jóvenes que no hagan tales promesas, porque cuando se trata de poner en relación las cosas naturales con las sobrenaturales, la pobre humanidad sufre muchísimo, particularmente en cosas que no son necesarias para la salvación.

samientos, tanto más aumentaban. Seco y árido, no acertaba a rezar. Mas he aquí que, al poner su mirada sobre el escritorio, dieron sus ojos con un objeto que había pertenecido a Comollo y que él guardaba como un grato recuerdo. '¡Bien, me puse a gritar—relata la persona interesada—: si estás en el cielo y puedes interceder por mí, pide a Dios me saque de este terrible aprieto!' ¡Algo maravilloso! No acabé de decir tales palabras y me sentí otra persona; cesó totalmente la tentación y quedé tranquilo. Desde entonces, nunca he dejado de invocar en mis necesidades a aquel que fue verdadero ángel de costumbres; él siempre me ha atendido».

El otro hecho lo transcribo tal como me lo expuso quien tomó parte y fue testigo ocular:

«Fui llamado una mañana urgentemente a hacer la recomendación del alma a un amigo mío que estaba agonizando. Llegué y lo encontré, efectivamente, en las últimas. Había perdido el sentido, los ojos los tenía vidriosos, los labios duros y bañados de frío sudor, las pulsaciones tan débiles y espaciadas que no parecía sino que de un momento a otro fuese a dar el último respiro.

»Le llamé varias veces, pero nada. No sabiendo qué hacer, rompí a llorar; y como me pasase por la mente, en circunstancia tan apurada, el recuerdo del seminarista Comollo, de cuyas virtudes tanto había oído hablar, decidí invocarlo como remedio de mi dolor. '¡Ea—dije—, si algo puedes ante el Señor, ruégale que alivie a esta alma que sufre y que la libre de las angustias de la muerte!' No había terminado de hablar y el enfermo soltó la punta de la sábana que apretaba entre sus dientes; se rehízo y comenzó a expresarse como si estuviera sano. Fue mejorando de tal modo que a los ocho días se halló completamente restablecido de una enfermedad que de sí hubiese requerido varios meses de convalecencia; inmediatamente pudo reemprender su trabajo normal».

A lo largo de este trabajo no se ha dicho gran cosa de la virtud de la *modestia,* la virtud precisamente que caracterizaba de modo particular a Luis Comollo. Su exterior tan ordenado, su conducta en todo exacta, su edificante compostura y una mortificación perfectamente lograda de todos los sentidos, y principalmente de sus ojos, llevan a la conclusión de que esta virtud de la modestia la debió de poseer en grado eminente.

Yo no creo exagerar si pienso y digo que se llevó intacta a la tumba la estola de la inocencia bautismal. Lo deduzco no sólo de su exquisito recato al hablar y tratar con personas de otro sexo, sino, sobre todo, de que no supiese a qué venían

ciertas cuestiones de los estudios de teología y de ciertas preguntas que hacía a veces y que resultaban ingenuas. Todo ello demostraba su simplicidad y pureza.

Me confirmo en mi opinión con lo que oí a su director espiritual. Al final de una larga conversación que mantuvo conmigo sobre Comollo, concluyó diciendo haber descubierto en él un verdadero ángel por su piedad y costumbres, y a un devoto de San Luis, cuyas virtudes se esforzaba en imitar.

En efecto, cada vez que mencionaba a este santo (al que, por lo demás, solía hacer especiales oraciones por la mañana y por la tarde), hablaba de él con verdaderos transportes de alegría y tenía a mucha honra llevar su mismo nombre. «Soy Luis de nombre—decía—, ¡ah si lo fuese de hecho!» Pues, si se esforzaba en copiar las virtudes de San Luis, de seguro que lo imitó en lo que constituyera la virtud característica de tan gran santo: el candor y la pureza.

De cuanto he venido diciendo fácilmente se desprende que, aunque *las virtudes de Comollo* no hayan sido precisamente extraordinarias, sí *fueron singulares y eminentes,* hasta tal punto que se le puede poner como modelo a cualquier persona religiosa o secular. Y dese por descontado que quien se proponga imitar a Comollo acabará por salir joven virtuoso, seminarista ejemplar y verdadero y digno ministro del santuario.

He aquí cuanto acerté yo a escribir del joven Luis Comollo. Certifico que, al emprender este trabajo, no me propuse otra cosa que decir sencillamente la verdad y atender a la petición que mis colegas en el sacerdocio y otras personas me habían hecho más de una vez.

Contento me vería de que una pluma mejor cortada, partiendo de estas pobres memorias mías y quitando y añadiendo lo que le viniese en gana, tejiese otro relato más completo, a la vez que más ordenado y agradable.

El autor de estas páginas entiende no darles más valor que el que proviene de la fe puramente humana.